

Javed Khan

# Hechizo tártaro

mirahadas

# HECHIZO TÁRTARO

© del texto: Javed Khan  
© diseño de cubierta: Equipo Mirahadas  
© corrección del texto: Equipo Mirahadas

© de esta edición:  
Editorial Mirahadas, 2021  
Avda. San Francisco Javier, 9, P 6ª, 24 Edificio SEVILLA 2,  
41018, Sevilla  
Tlfns: 912.665.684  
info@mirahadas.com  
www.mirahadas.com

Producción del ePub: booqlab  
Primera edición: diciembre, 2021

ISBN: 978-84-18996-71-9

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra»

# HECHIZO TÁRTARO

Javed Khan

mirahadas

*A la verdadera protagonista de esta novela.  
A mis nietos Alexandre, Mikaela y Roy,  
para que recuerden siempre a Belo.*

*A mi esposa que me animó a escribir esta novela.  
Gracias.*

# ÍNDICE

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

## CAPÍTULO I

**E**l anciano caminó hacia la puerta giratoria del *hall* del aeropuerto que daba acceso al exterior. En su andar se notaba el cansancio del largo viaje, había salido de Madrid en el vuelo de KLM que hacía escala en Ámsterdam y después de una estancia de una hora había emprendido el vuelo hasta Moscú, donde enlazaría para su destino final Ufá en la República de Baskortostán en las estribaciones de los Montes Urales. Un total de 15 horas entre vuelos y estancias

Su caminar era cansino, arrastrando los pies, encorvado por el peso de los años y apoyándose en su pequeña maleta de cuatro ruedas que le aportaban algo de estabilidad.

Al traspasar la puerta notó una ráfaga de aire frío que le hizo estremecerse, la temperatura ese mes de abril era solo de 5 grados centígrados.

Se acercó a uno de los numerosos taxistas piratas que pululaban por el exterior de la terminal y en su escaso conocimiento del idioma le dijo «Sanatoriy Zelenaya Roshcha» (Sanatorio Arboleda Verde), luego le preguntó haciendo uso de su macarrónico ruso «¿skol'ko?» (¿Cuánto?).

El taxista respondió «dólares, euros» a lo que el anciano respondió «rublos». La cara del taxista demostró su decepción. Las divisas fuertes eran muy bienvenidas, todavía, en la Rusia postsoviética. Si el cambio oficial era de 90 rublos por euro, en el mercado negro se pagaba mucho más caro.

Se encaminaron, bajo el gélido aire, hasta donde el taxista pirata tenía estacionado su vehículo; el taxista ni se preocupó de auxiliar al anciano que arrastraba sus pies por el resbaladizo suelo. Al llegar, el anciano se derrumbó exhausto sobre el asiento trasero colocando su pequeño equipaje junto a él. Al destartalado taxi le costaba arrancar, lo que hizo después de varios intentos y exclamaciones, el anciano supuso que obscenas, del taxista.



Los 20 km de distancia entre el aeropuerto y el sanatorio discurrían por una carretera angosta, estrecha y sin arcones, con pendientes de más del 5 %. El taxi renqueaba más de la cuenta y el anciano pensaba que en cualquier momento los dejaría tirados en la carretera. Sin saber cómo, llegaron.

El personal del sanatorio salió a recibirlos y solícitos ayudaron al anciano con su equipaje y lo acompañaron hasta la recepción.

Allí, en su macarrónico ruso, dijo: «ya zabroniroval nomer», (ya tengo reservada una habitación). Y aunque el precio era de unos 24 euros la noche, él había negociado un precio de 18, ya que había hecho una reserva por seis meses. No esperaba vivir más de ese tiempo. Era su fecha de caducidad.

La habitación era pequeña pero confortable, tenía baño particular, *wifi* y conexión a Internet. Él no necesitaba más.

El anciano era introvertido y sus magros conocimientos del idioma no le permitían relacionarse con otros huéspedes o con el personal del centro.

Su rutina diaria era siempre la misma. Se despertaba a las cinco de la mañana (su horario habitual de toda su vida laboral), se aseaba y empezaba su repaso diario a los variados periódicos digitales de su país y resto del mundo, aunque solo miraba los titulares, hacía mucho tiempo que se había borrado del mundo, de su política y sus muchas atrocidades y mentiras, para mantener despierta su inteligencia jugaba unas partidas al solitario, no más de cinco. Reanudaba la lectura de algunos de sus muchos libros y a las nueve en punto, como un cronómetro suizo, bajaba a desayunar. El desayuno como todo en su vida era una rutina continua, zumo de naranja, café descafeinado con leche y unas rodajas de pan con mermelada sin azúcares añadidos.

Volvía a su habitación y leía hasta las doce de la mañana, cuando iniciaba como una especie de ritual religioso.

Aunque con gran esfuerzo, debido a los achaques de su avanzada edad, bajaba hasta el mirador situado unos cientos de metros alejado del hotel, allí se sentaba en su banco favorito y contemplaba extasiado la arboleda que se extendía a sus pies hasta más allá del horizonte, como una infinita alfombra verde. Le maravillaba el recorrido del río Ufimka, su paso majestuoso por los numerosos recovecos y meandros de su cauce. En abril ya se había abierto la navegación por el río que hasta entonces había estado helado. Los barcos

fluviales iban y venían transportando las mercancías y alimentos que necesitaban las numerosas y populosas ciudades asentadas a lo largo de su recorrido. De vez en cuando se veían unas estelas plateadas saltar en el cauce del río; eran los numerosos peces que lo habitan a la busca de insectos que se acercaban peligrosamente a la superficie.

Pero pronto aquel idílico paisaje se apartaba de su mente para dar paso a otro más dulce pero más doloroso, estaba ensimismado en sus pensamientos cuando una voz dulce y cariñosa le susurró al oído, mientras una mano acariciaba su espalda: «Cariño, ¿te animas a bajar por el sendero hasta la orilla del río?».

El sendero era angosto, empinado y con mucho matorral, que le arañaba y le podía hacer perder el equilibrio. Pero allí iban los dos enamorados cogidos de la mano hasta descender los más de doscientos metros de bajada, solo para contemplar de cerca las grises aguas del río. Sentados en el borde pasaban las horas, aislados del mundo, viviendo su amor como colegiales en su primera cita y sin que la diferencia de edad, veintidós años, fuese inconveniente alguno. Los dos se sentían jóvenes y mayores, el mundo parecía detenerse y ellos solo vivían para ellos mismos. El cielo siempre era azul y el clima cálido, todo era maravilloso y se sentían capaces de volar.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no escuchó la voz que le decía «dobriy den», (buenas tardes), hasta que una mano se posó en su hombro y repitió «dobriy den». Aquella voz le llevó a la triste realidad de su soledad. El sueño se desvaneció, pero lo había retrotraído al pasado.

Habían pasado veintinueve años.

## CAPÍTULO II

**E**l colapso y posterior desmembramiento de la URSS en 1991 había despertado una voracidad tremenda en todas las naciones europeas ante un mercado de más de 148 millones de habitantes sedientos de disfrutar de las comodidades de las sociedades occidentales, una sociedad carente de lo más elemental como son los alimentos, los medicamentos y los accesorios de higiene personal; los anaqueles de los supermercados estaban vacíos, la muchedumbre deambulaba por las calles con una bolsa de redecilla, a la que llamaban la bolsa del por si acaso; por si acaso encuentro pan, o cebollas o patatas, o lo que fuera para poder cocinar y comer algo. De los bancos de los jardines y plazas de las ciudades solo quedaba el armazón de hierro, la madera de los asientos y respaldos había desaparecido, unos decían que, para hacer muebles, otros que para hacer fuego. La pobreza se vislumbra por todas partes.

El Gobierno de la Unión Soviética que había llevado, con su catastrófica y alocada carrera armamentista, a la URSS primero a la ruina y luego a su implosión interna, había desaparecido. El borrachín Yeltsin, como buen populista, se había hecho con el poder en Rusia y había declarado su independencia.

Ante los países occidentales se abría un mercado potencial ilimitado, no solo en cuanto a ventas, sino también en cuanto a inversiones o adquisiciones de los muchos recursos naturales de que dispone el país. No en balde, Rusia tiene las mayores reservas de recursos energéticos y minerales del mundo.

Y España no iba a ser menos.

Una empresa española productora de productos plásticos había conseguido colocar al Gobierno de la República de Bashkortostán una planta de producción de linóleo, por la intermediación de un español (niño de la guerra), que había ostentado algunos puestos importantes en el ministerio de energía; la planta estaba obsoleta, de hecho, había sido desmontada y

abandonada en una localidad del País Vasco cuando en 1983 se produjo una terrible inundación que anegó muchas plantas industriales y su maquinaria quedó inservible. Para su montaje en Rusia se seleccionó un equipo de tres ingenieros de la planta y un ingeniero de una empresa de ingeniería que haría la labor de coordinación.

El vuelo que hacía la ruta Madrid-Moscú-Tokio era operado por Iberia y la JAL (la línea aérea japonesa) y estaba totalmente ocupado, de hecho, había que reservar plazas con bastante antelación.

Y allí, entre los cientos de pasajeros se encontraba Eloy González, el ingeniero que coordinaría el montaje de la planta, unas filas más atrás se encontraban sus tres compañeros provenientes de la fábrica de productos plásticos, es decir, los técnicos.

Eloy estaba en sus cincuenta y pocos años, no muy alto 1,70 m, pelo negro, aunque ya empezaba a clarear por algunos puntos, ojos castaños y una pequeña tripa que demostraba que no practicaba ningún deporte. De hecho, desde que practicara golf en Indonesia solo había practicado el sillón *ball* (es decir, tumbado en un sofá). Como había sido un alma inquieta, esta nueva aventura le entusiasmaba, Rusia provocaba un morbo difícil de imaginar en la sociedad española.

Hacía más de media hora que los pasajeros habían embarcado, pero no se veía movimiento que indicara que el despegue sería pronto. Las azafatas habían hecho un corrillo y se contaban sus aventuras y desventuras. Para ellas los pasajeros no existían. Típico de Iberia. Solo la azafata de nacionalidad nipona se percató del malestar de los pasajeros y distribuyó la prensa, lo que hizo descender, solo un poco, el malestar. Finalmente, el avión despegó iniciando el vuelo que duraría algo menos de cinco horas.

En aquellas fechas se había iniciado la apertura del llamado «telón de acero», y la curiosidad hacia todo lo que se empezaba a conocer sobre la extinta Unión Soviética era muy grande, pero para algunos pasajeros las noticias y rumores de que, en la situación actual, muy volátil y descontrolada, podía ocurrir cualquier cosa les provocaba inquietud. Las mafias campaban a sus anchas y se estaban apoderando del país. Eloy era consciente de eso y

estaba preocupado, además tenía que cuidar de sus compañeros que no habían salido nunca al extranjero.

El aeropuerto de Sherémetevo-2 estaba considerado el más grande de Moscú y acogía a más de 45 millones de pasajeros por año.

Cuando desembarcaron y llegaron a la terminal, la impresión fue tremenda, se encontraron en un *hall* enorme, envuelto en una semioscuridad amenazante, frío y vacío. Aterrador, a los cuatro empezaron a correrle por su imaginación el KGB y los espeluznantes métodos de interrogación de los sicarios de la temida policía política. Pero todavía estaba por llegar una impresión más escalofriante. ¡El control de pasaportes!

Tuvieron que transitar por una especie de pasillo con las paredes del techo y del lateral izquierdo cubiertas con espejos y a su derecha una ventanilla. En el interior, un funcionario con mirada penetrante, unos ojos fríos como el acero y mirada inquisidora que alargaba la mano, sin decir palabra, pidiendo el pasaporte. El individuo ojeaba las páginas, elevaba la mirada escrutando al pasajero, volvía a mirar las páginas y volvía a observar al pasajero. Eloy, que había llevado una vida bastante ajetreada y había sufrido todo tipo de situaciones desagradables en sus viajes por países poco recomendables, empezó a sentirse nervioso, tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para ocultar esos temores porque una reacción nerviosa por su parte hubiese desencadenado de forma inmediata una reacción de sospecha en el funcionario y creado una situación embarazosa.

Finalmente, el funcionario con una última mirada fría, gélida como un témpano, agarró el sello y le estampó el pasaporte. Eloy, nada más salir del trance, exhaló un respiro profundo y esperó a que sus compañeros pasaran por el mismo trámite.

Reunidos los cuatro y algo más relajados se dirigieron a recoger sus equipajes. Otra ardua tarea, no había carritos para las maletas. En un rincón oscuro y con unos individuos mal encarados pululando por allí, encontraron unos carritos. Cuando se acercaron para coger alguno, uno de los individuos les pidió cinco dólares o no había carrito. Decidieron que no querían carrito. Recogieron sus maletas y de dispusieron a salir.

Habían recuperado la calma, estaban más relajados y esto los llevó a cometer una estupidez. Observaron el letrero que decía «Nothing to declare» (Nada a declarar) y se dispusieron a cruzarlo, no antes sin hacer un chiste malo: «Vaya —exclamó uno de ellos—, estos comunistas se han civilizado».

Pero nada más cruzar, Eloy, que era perro viejo, pensó: «Llevamos herramientas especiales que luego tendremos que sacar del país, así que será mejor declararlas».

Intentaron volver a entrar, pero no se lo permitieron. Rotundamente les dijeron «Net» (no). Decidieron hablar con los agentes de aduanas y otro rotundo «Net». Finalmente decidieron marcharse esperando que el cliente en la ciudad de destino arreglara el entuerto.

La siguiente aventura era encontrar un medio de transporte que les condujera al aeropuerto de vuelos domésticos. De los cuatro aeropuertos que hay en Moscú, el de Domodedovo es el que alberga los vuelos hacia el este, a las ciudades situadas en Siberia y las estribaciones de los Montes Urales.

La distancia entre el aeropuerto de Sherémetevo-2, situado al norte de Moscú y el de Domodedovo situado al sur es de 90 km y discurre por el anillo perimetral que rodea Moscú hasta llegar a la intersección con Sovkhoza Lenina para enlazar con la A-105 hasta Domodedovo. El trayecto discurre por zonas boscosas totalmente despobladas.

Como el desmembramiento de la URSS había sido muy reciente, la sociedad rusa aún mantenía todos los automatismos soviéticos, así que la terminal para extranjeros estaba aislada en un extremo del aeropuerto totalmente separada y alejada de la terminal para los nacionales.

Para desplazarse hasta la terminal para extranjeros había que atravesar una zona de aparcamiento de los aviones. La terminal, por llamarla de algún modo, era una sala mal iluminada, sin asientos y con tres mostradores sin indicación alguna, nadie del personal hablaba inglés, solo ruso y tampoco había servicio de megafonía. Cuando a voz en grito anunciaban algo, Eloy tenía que estar atento para escuchar la palabra mágica, ¡UFÁ! Pero nunca la escuchaba.

Y pronto comenzaron los problemas.

No anunciaban la salida de ningún vuelo, la terminal, o lo que fuera, empezó a llenarse de gente. Era el mes de octubre y la vuelta de los estudiantes